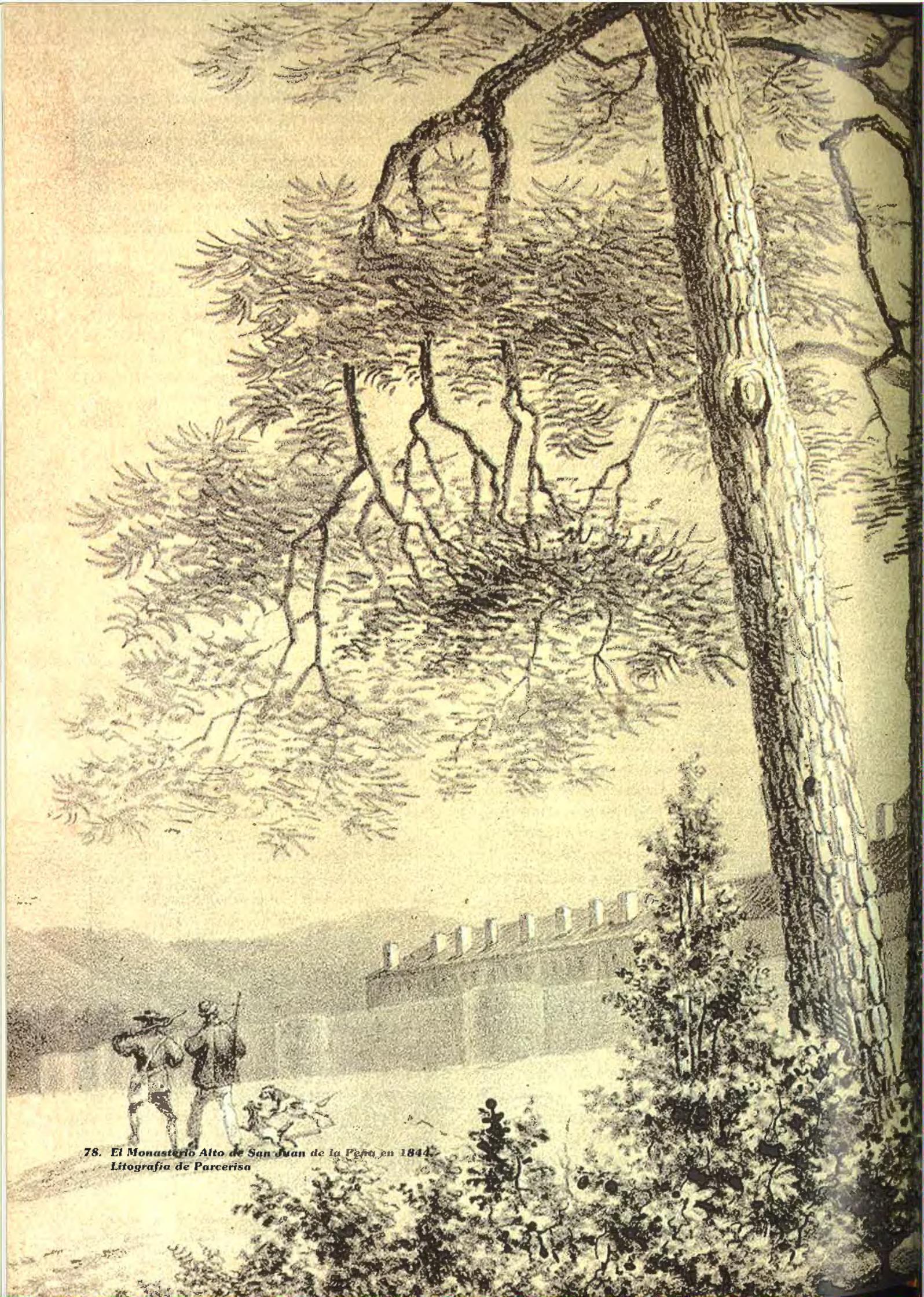


**SAN JUAN
DE LA PEÑA**
(Suma de estudios, I)

Ana Isabel Lapeña Paúl (coordinadora)



78. El Monasterio Alto de San Juan de la Peña en 1844.
Litografía de Parcerisa



GENTES Y PERSONAJES QUE SUBIERON A SAN JUAN DE LA PEÑA

A José Luis y María,
atentos guardianes de San Juan de la
Peña

Manuel García Guatas

Nunca la sociedad había mostrado tanto interés y entusiasmo por el pasado monumental como durante la segunda mitad del siglo XIX y en nuestros días. En ambas épocas ese interés ha supuesto en muchos casos un descubrimiento de los monumentos, de sus obras, del paisaje donde fueron edificados y de su historia. En el caso de San Juan de la Peña se descubrían y veneraban las raíces o señas de identidad históricas o legendarias del nacimiento del reino de Aragón.

Pero la valoración e imagen que hoy nos hemos formado de este monasterio medieval son muy distintas de la que recibían los escasos visitantes del siglo XIX y transmitían en sus escritos o recuerdos de viajeros. A los eruditos románticos les atraerá

el monasterio antiguo y, sobre todo, los panteones con sus inscripciones funerarias, que daban cuenta de los nombres de los creadores de la monarquía y del primitivo reino. En definitiva, durante muchos años les interesará más la historia, las tradiciones y la leyenda que la arquitectura y el arte que contenía.

También han cambiado por completo los itinerarios de acceso hasta el monasterio. Hoy día, mediante dos carreteras abiertas a lo largo del siglo XX, pero hasta entonces eran tres los caminos de herradura que utilizaron monjes y visitantes. Por el sur, el mejor, pero más largo (de tres a cuatro horas), venía desde Anzánigo. Por el norte, saliendo desde Jaca, se podía subir, bien remontando el barranco de Atarés (entre dos y tres horas), o hasta la venta de Santa Cilia (popularmente, de Esculabolsas) y por Santa Cruz de la Serós, que era el habitual y más corto (en una hora y media), pero el de mayor pendiente. Se ascendía hasta el despeñadero de El Galacho, que se salvaba por los repechos del Escalar, para llegar directamente al monasterio medieval.

LA HUMILDE SEPULTURA DE UN NOBLE ILUSTRADO

Hacia más de cincuenta años que ya no habitaban los monjes el monasterio de abajo cuando lo eligió el X conde de Aranda, Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, para que fuera su lugar de enterramiento.

Dos motivos influyeron en su determinación: la reciente construcción de un nuevo panteón real, auspiciada por el monarca Carlos III, al que había servido como Capitán General de sus ejércitos y Presidente del Supremo Consejo de Castilla, y,

sobre todo, el deseo nostálgico de descansar para la eternidad al lado de los suyos, los primeros nobles de su familia: los Abarca de la casa de la Garcipollera (como aún se puede leer en el erosionado escudo de la lápida labrada con la figura heráldica de su apellido: un par de abarcas).

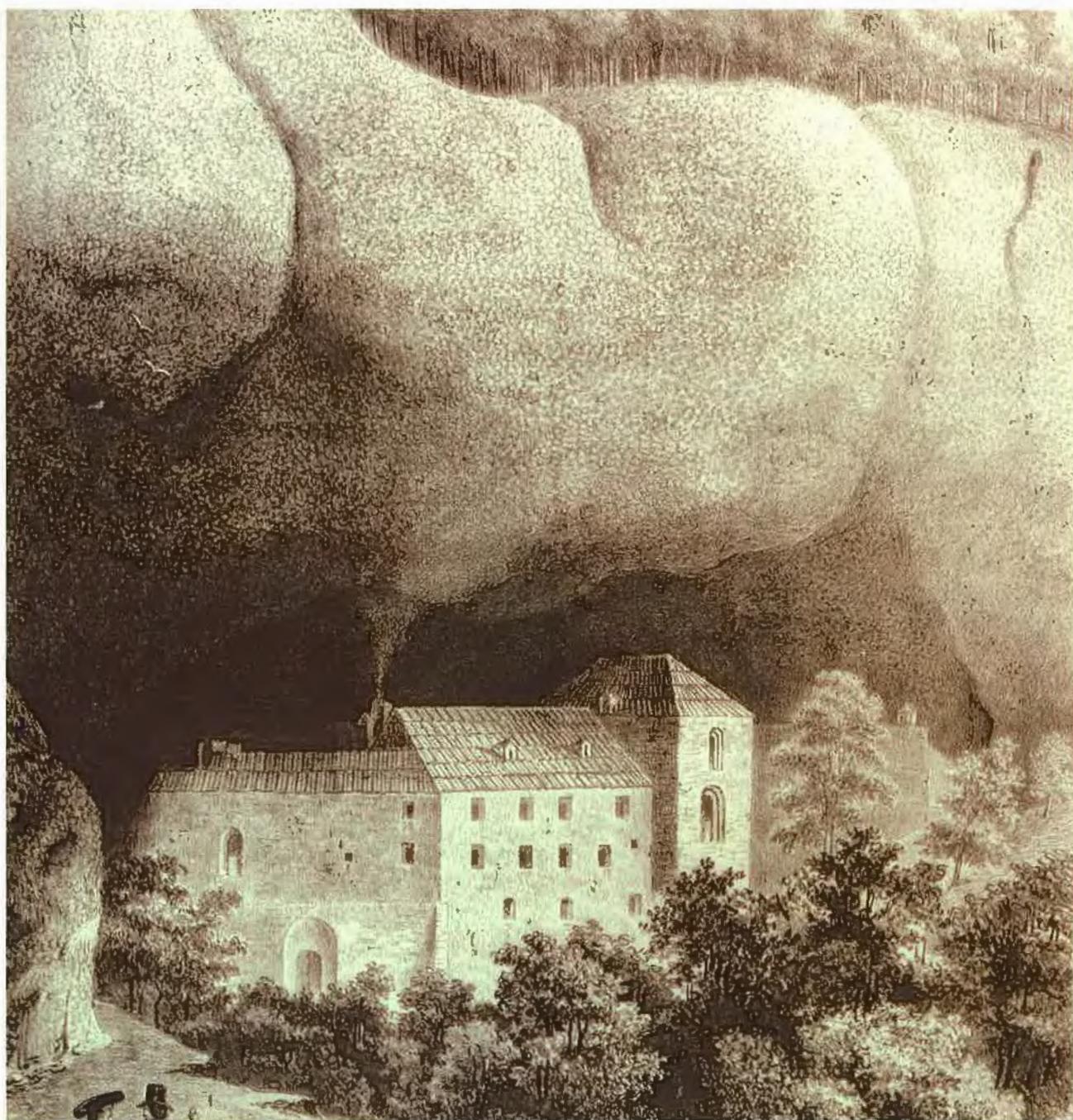
Había previsto el conde de Aranda con muchos años de anticipación el lugar de su sepultura, pues estando tomando las aguas termales en el verano de 1785 en el balneario de Luchon, solicitó al abad de San Juan de la Peña información de sus antecesores y después de consultar los papeles viejos, redactó su testamento de este modo tan preciso: "*Es mi voluntad que, desde donde yo falleciere, se me traslade a enterrar en el paraje de los demás Abarcas, en San Juan de la Peña*"¹.

Finaba el siglo y era enterrado con solemne liturgia un catorce de enero de 1798 en el desnudo panteón de nobles del viejo monasterio, en una sencilla tumba, a la entrada de la iglesia, junto a la lápida sepulcral medieval de sus antepasados. Tres días había tardado el cortejo en subir en pleno invierno su cadáver desde el palacio de Épila hasta el monasterio².

Todavía no descansará su cuerpo en paz, pues en mayo de 1869 será desenterrado para llevarlo al Panteón de Hombres Ilustres que se iba a edificar en Madrid. Pero tampoco sus huesos hallarán acomodo mucho tiempo en la capital, pues en julio de 1883 volvieron a ser enviados al monasterio, a petición de la Diputación de Huesca, a una humilde sepultura en el suelo, más o menos donde había estado la anterior. Aún le aguardaba una última exhumación, efectuada en noviembre de 1985 durante las obras de restauración general del monaste-

1. Rafael OLAECHEA, *Esbozo biográfico del conde de Aranda*, en el catálogo de la exposición "Aragón y el conde de Aranda", Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1986, pág. 72.

2. Rafael OLAECHEA y José Antonio FERRER BENIMELI, *El conde de Aranda. Mito y realidad de un político aragonés*, segunda edición, corregida y aumentada. Diputación Provincial de Zaragoza y Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, 1998, págs. 434-437.



79. El monasterio medieval de San Juan de la Peña en 1844. Litografía de Parcerisa

rio y de su primitivo panteón real medieval, para ser estudiados sus restos esqueléticos, restaurar y exponer en el pequeño museo la indumentaria de capitán general, con casaca de color azul y ribetes de hilo de oro, con que había sido amortajado. Esta vez sus despojos óseos descansan en una pequeña caja de plomo, colocada dentro de la pared, tras la lápida que le dedicó la Diputación General de Aragón, junto a la reconstruida de 1855 que le había dedicado su sucesor en el título

nobiliario, José Rafael Fadrique Fernández de Híjar.

Junto a la tumba del conde de Aranda pasaron las tropas francesas y las partidas carlistas y leyeron con advertido interés su nombre poco después los viajeros románticos José María Quadrado y Javier Parcerisa: *“la más moderna en fin cierra con el nombre del aristócrata reformador conde de Aranda la serie de campeones del feudalismo dando*

*hospitalidad al ministro volteriano en la mansión de la fe y de la caballería*³.

Tantas peripecias y cambios en el acomodo de este ilustre cadáver se pueden leer también como una metáfora de las vicisitudes por las que ha pasado el conocimiento, estima y restauración el monasterio antiguo de San Juan de la Peña en estos dos últimos siglos.

HASTA AQUÍ LLEGARON FRANCESES Y CARLISTAS

Cualquiera que hoy día se asome al llamado balcón del Pirineo por un lado o hacia el viejo camino de Botaya por el sur, o suba al monasterio andando por el antiguo y empinado camino desde Santa Cruz de la Serós, se percatará que los alrededores entre bosques y escarpados barrancos que rodean ambos monasterios los convertían en un buen escondrijo para refugiarse guerrilleros y tropas y dominar los principales caminos desde Francia —que seguía un tramo del medieval camino de Santiago— y de subida desde Huesca por Anzánigo.

Se tiene noticia de que una partida de guerrilleros, mandada por el jaqués Miguel Sarasa, plantó resistencia a las tropas francesas expedicionarias en esta zona de los caminos del curso del río Aragón y del abrupto piedemonte de la peña y sierra de Oroel, utilizando seguramente el monasterio como cuartel de operaciones, lo que provocó la dispersión de los monjes por los pueblos de los alrededores pertenecientes a su dominio monástico.

Las tropas de Napoleón no tuvieron más remedio que subir a por ellos para desalojarlos. El mando francés se tomó con todo rigor la operación de la ocupación del monasterio y la limpieza de combatientes en los pueblos de los alrededores, pues —según cuentan las crónicas— debió enviar a unos tres mil soldados, al mando del general Munnier, que subieron desde Anzánigo, no sin antes haber saqueado, por ejemplo, la pequeña iglesia románica de Yeste⁴.

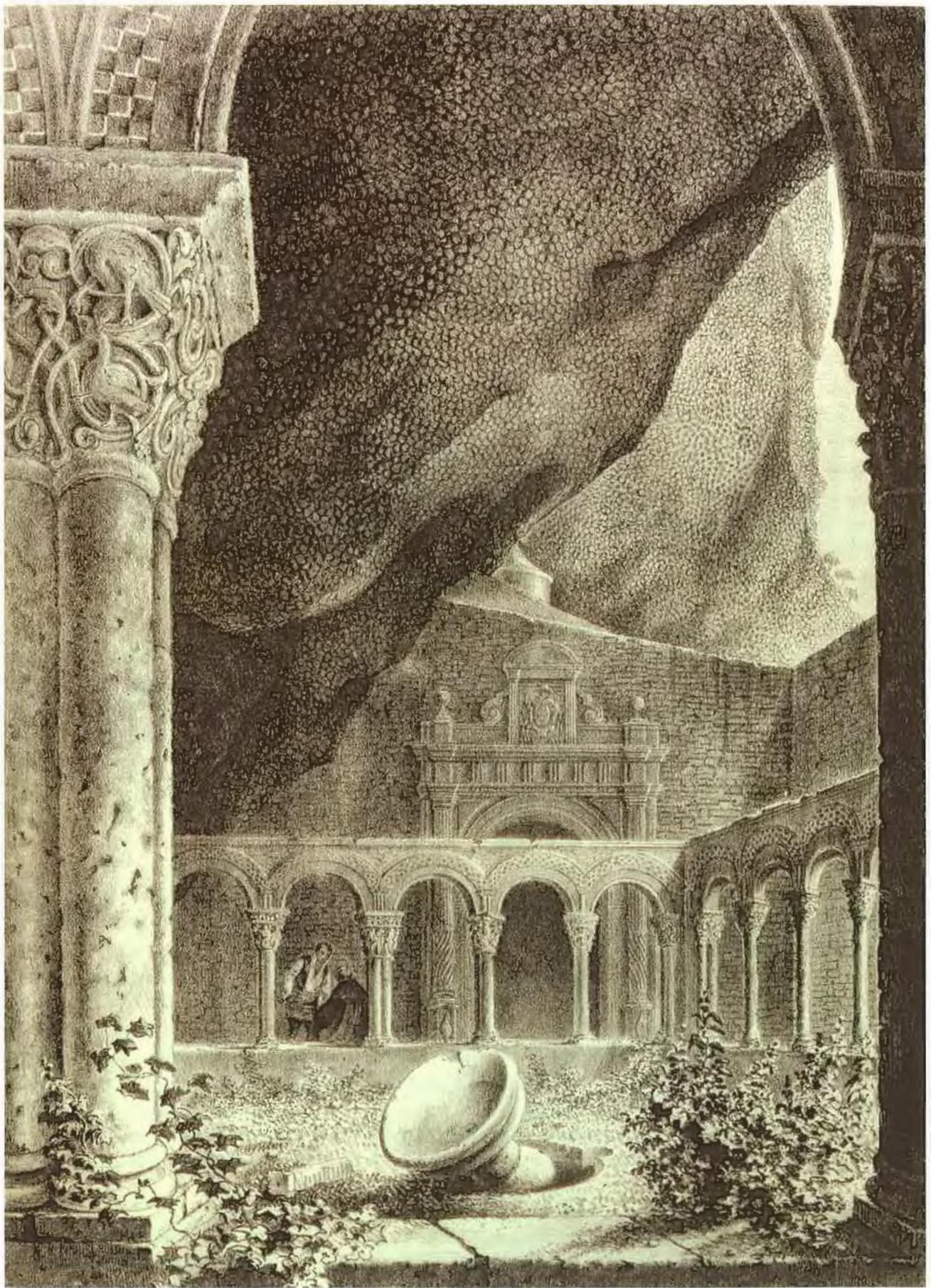
Hicieron lo mismo con los dos monasterios en busca del botín de la plata de los objetos de culto y de otras joyas. Pero permitieron que las urnas con las reliquias de San Voto y Félix y de San Indalecio y algunas piezas más se llevaran a la catedral de Jaca, aunque la mayor parte la intervinieron y llevaron a Zaragoza para ser fundida.

Aunque los franceses acabarían incendiando el monasterio nuevo en agosto de 1809, sin embargo, durante el tiempo de su ocupación manifestaron un respeto histórico y hasta religioso por el monasterio antiguo. El testimonio del entonces Prior al Jefe Político de Aragón (en noviembre de 1820) no deja lugar a dudas de la actuación selectiva de los invasores en ambos monasterios: *“Es bien notorio el horroroso incendio que en 25 de agosto de 1809 ejecutaron las tropas francesas en el nuevo Monasterio. También lo es que el antiguo y Panteón Real no sufrieron igual suerte, pues el mariscal Suchet mandó conservarlos y dispuso medios para la continuación de su culto. Así se publicó en Gaceta de Zaragoza de 7 de setiembre inmediato expresamente la fundación de una misa perpetuamente”*⁵.

3. José María QUADRADO, *Recuerdos y bellezas de España, obra destinada a dar a conocer sus monumentos, antigüedades, y vistas pintorescas*, vol. II, Aragón, 1844-1848. Segunda reedición con el título: *España. Sus monumentos y artes, su naturaleza e historia. Aragón*. Establecimiento Tipográfico-Editorial de Daniel Cortezo y Cia, Barcelona, 1886 (Fotograbados y heliografías de Laurent, Joarizl y Mariezcurrena. Dibujos a pluma de Passos, O. Delgado y Miró. Cromos de Xumetra).- Reedición de la primera de 1844 por el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón, Zaragoza, 1937, pág. 136.

4. Francisco OLIVÁN BAYLE, *Los monasterios de San Juan de la Peña y Santa Cruz de la Serós (Huesca). (Estudio histórico-arqueológico)*, Zaragoza, Talleres Editoriales El Noticiero, 1969, págs. 89-93.

5. Archivo Histórico Diocesano de Jaca, caja 163, n° 156. Domingo BUESA, *Obras en el monasterio alto de San Juan de la Peña (1815-1835)*, en "Homenaje a Federico Balaguer", Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1987, págs. 185-186.



80. El claustro de San Juan de la Peña en 1844. Litografía de Parcerisa

No sabemos el alcance del incendio que, según las noticias eclesiásticas de la época, y han venido repitiendo posteriores estudiosos, fue tan destructor, pero lo cierto es que pronto se reagrupó la comunidad y celebraron la liberación con una solemne Misa de Gallo en la Navidad de 1813, a la que asistieron los vecinos de los pueblos. El historiador Oliván Bayle dedicó una amplia descripción a aquel cortejo nocturno subiendo por los caminos a la luz de las teas, que añade una tardía escenografía romántica a la efeméride religiosa de liberación del monasterio.

Al año siguiente, según la información de Pascual Madoz, empezó la reparación del monasterio, dañado por el incendio y la reconstrucción de los retablos y sillería del coro⁶.

Efectivamente, enseguida se pusieron manos a la obra los dieciséis monjes que formaban la comunidad y emprendieron la restauración del devastado monasterio nuevo. En septiembre de 1815 solicitaban al vicario de la archidiócesis de Zaragoza la ayuda de un maestro de obras para valorar las obras de reparación, que, según la documentación, debió costar 50.000 duros. Se repararon las bóvedas de la iglesia y se reconstruyeron los tejados de todas las dependencias del monasterio y de los dos claustros.

Grande debió ser el esfuerzo, pues, de la comunidad benedictina pinatense para reconstruir el monasterio, rehacer retablos y reponer el mobiliario de la enorme iglesia monástica, desde donde van a volver a dar vida espiritual y material a las parroquias de su dominio.

Pero de nuevo la guerra —esta vez dinástica y civil, entre las partidas carlistas y las

tropas de la regente María Cristina— va a alcanzar también a este estratégico refugio y con consecuencias irreversibles para la comunidad monástica. Tomaron partido los monjes por la causa dinástica sucesoria de Don Carlos, como sucedió en la mayoría de los monasterios y conventos en descampados, y la respuesta gubernamental no se hizo esperar.

En agosto de 1835 el gobernador militar de Jaca ordenó el desalojo del monasterio y la recogida de su ajuar de culto y dinero por el descarado apoyo que prestaron a las partidas carlistas entregándoles armas.

Un informe redactado en Jaca por aquellos mismos días por un agente del gobernador daba cuenta detallada de las escrupulosas medidas tomadas con los monjes y el monasterio:

“A las siete de la tarde poco más o menos el mismo día que me llamó dicho Sr. Gobernador y me expresó que resultando por las declaraciones habían los monges de S. Juan de la Peña suministrado fusiles y municiones a las tropas rebeldes que el día 14 pasaron por aquel Monasterio. Había acordado pasar el Sr. Teniente del Rey con una porción de Tropa y Urbanos para ocupar el Monasterio, traer a todos su monges con toda la decencia y decoro correspondiente a esta ciudad y juntamente el dinero, vasos sagrados y alhajas de más valor. Y a lo restante quedara en el Monasterio bajo la responsabilidad del Sr. Oficial, que quedaría allí mandando cien hombres de Tropa que destinaba para su custodia hasta nueva providencia”⁷.

A partir de entonces, empezaba otra historia para el monasterio pinatense, que es

6. Pascual MADOZ, *Diccionario-geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845-1850.

7. Archivo Histórico Diocesano de Jaca, caja 7, n° 9. Folios sueltos reunidos bajo el rótulo de época: “Sobre ocupación y depósito de lo de San Juan de la Peña”. Entre los documentos, hay dos inventarios, uno de ellos ante el escribano público de Jaca, de todos los objetos de culto, comenzando por las arquetas de plata con las reliquias de San Félix, San Voto y San Indalecio, que se retiraron del monasterio y se depositaron en la sacristía mayor de la catedral de Jaca en agosto de 1835. Véase también, D. BUESA, op. cit. pág. 192.

la que hemos heredado: la exclaustración definitiva de la comunidad monástica, el abandono del monasterio nuevo y el descubrimiento de la belleza y antigüedad del de abajo, a salvo hasta entonces de las dos recientes y primeras guerras del siglo XIX en España.

LA IMAGEN ROMÁNTICA DEL MONASTERIO

Fueron varias y entrelazadas las circunstancias que irán desviando la atención del monasterio nuevo en favor del descubrimiento e interés por el antiguo.

A la forzosa exclaustración de los diecisiete monjes de la comunidad, le seguirá la aplicación, por la Real Orden de 8 de marzo de 1836 hasta 1850, de las medidas legales de venta de numerosas fincas de sembradura, inmuebles (entre ellos algunas ermitas), censos y treudos del monasterio, tal como fueron apareciendo publicadas en los Boletines Oficiales de la Provincia de Huesca⁸.

Pero cuando en 1843 la Dirección General de Fincas ordenó formar los estados o relación de los bienes inmuebles del monasterio, la Diputación de Huesca solicitó la exención de la venta de ambos monasterios, que fue concedida —como ocurrió con otros muchos edificios de uso religioso en Aragón— pasando a su propiedad, custodia y conservación, para lo que el Estado le asignó unas pequeñas rentas, mientras que éste se quedaba con los pastos y bosques. En 1889 iniciará la repoblación forestal de los antiguos montes del monasterio.

En la década de 1840 será cuando empezarán a interesarse por San Juan de la Peña estudiosos y algún viajero francés, movidos los primeros por el descubrimiento de un monumento y panteones nunca vistos y por la curiosidad los viajeros ocasionales.

UN ATREVIDO VIAJERO FRANCÉS

El primero de nuestros vecinos que dejó constancia en revistas de su país de su paso por el monasterio se llamaba Gustave D'Alaux, que subió al monasterio en una calurosa mañana de julio de 1838. Había entrado en España en plena guerra carlista y luego se atreverá —sin duda movido por la curiosidad— a desviarse de su camino a Zaragoza para visitar tan desconocido lugar, a desmano de esta ruta habitual que seguían los extranjeros que llegaban por Somport. Por eso tituló la serie de artículos con el nombre de *L'Aragon pendant la guerre civil*.

Pero cuando publicó ocho años después las impresiones del viaje y de aquella visita a San Juan de la Peña eran casi casi recuerdos, pues no aparecieron publicados por entregas en la parisina *Revue des deux mondes* hasta 1846⁹.

Este francés, probablemente de procedencia bordelesa, era un viajero culto, que conocía la lengua, las costumbres y la historia de España, pues tituló su artículo sobre el monasterio viejo como "Un Escorial desconocido".

¿Por qué fue D'Alaux uno de los pocos franceses que después de la guerra de la Independencia subiera hasta tan recóndito

8. Ana Isabel LAPENA, *San Juan de la Peña. Guía histórico-artística*. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1986, págs. 62-63. María Cruz PALACÍN ZUERAS: *El Real Monasterio de San Juan de la Peña y la desamortización*, en "Argensola", n.º 111, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1997, págs. 153-183. Las primeras ventas ante el Juzgado de Jaca se hicieron públicas el 26 de mayo de 1838, siendo aprobado su remate el 28 de agosto. Así, por ejemplo, se adjudicó un molino harinero de dos muelas en Santa Cilia por 150.000 reales. Las ventas son mucho más frecuentes a lo largo del año siguiente.

9. José Ramón GIMÉNEZ CORBATÓN, *Aragón visto por un francés durante la primera guerra carlista*. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1985.



81. Vista del conjunto de los dos monasterios, fotografiados por Santiago Ramón y Cajal en 1878

lugar y el único, que sepamos hasta ahora, dejó testimonio impreso de su visita?

Pues porque, además de tener que desviarse del principal camino y de la dureza de la ascensión, se precisaba contar con un guía. Eso fue lo que hizo este francés: en Jaca le había hablado del monasterio un monje exclaustro, y a la puerta de la fonda encontrará el guía que le conducirá por el camino de Santa Cruz de la Serós.

Después de tres horas de subida —recordaba el francés— llegaron directamente hasta el monasterio viejo. Pero no supo D'Alaux acertar a describir el sitio ni el edificio más que por el efecto de la caverna y por la luz cambiante producidos en las distintas estan-

cias bajo la gran oquedad rocosa, que unas veces dice es de granito y otras, marmórea.

Le sorprende la hermosura del claustro y comenta con unción el panteón real, que comparará con el del Escorial, donde evoca algunos nombres de la “vieja dinastía pirenaica”, para resumir en frase feliz la visita que le había conducido “hasta la cuna de la monarquía española, hasta las sepulturas de los primeros conquistadores cristianos”.

Pero ahí puso punto final a lo que prometía ser jugosa crónica de una visita reescrita ocho años después, porque en las páginas siguientes —que son más de tres cuartas partes de su artículo— se desvía por la historia y la leyenda echando mano de fuentes diversas.

Regresan al monasterio alto que dice "se trata de un caserón, un caserón soberbio si se quiere, pero nada más", con un bello refectorio, pasillos anchos y celdas bien resguardadas del frío y una amplia iglesia "sin carácter arquitectónico notable de no ser el de la desnudez de sus muros". Concluye su rápido vistazo sobre este monasterio diciendo que es "una restauración de sí mismo realizada en 1816".

Dos claves fundamentales debemos manejar para entender el interés que despertará el monasterio de San Juan de la Peña en aquella generación de románticos: los panteones y la historia como evocación de los orígenes y del pasado de un reino ya extinto, el de Aragón, cuyos principales protagonistas yacían enterrados allí.

A ese interés por rehacer la historia desde las inscripciones de los panteones y tumbas de reyes y notables hay que añadir la iniciativa del Gobierno de la nación que había decretado una Real Orden el 3 de marzo de 1840 solicitando a través de los Jefes Políticos de las Provincias información acerca de los templos en los que había sepulcros de reyes y personajes célebres que merecieran ser conservados. Los gobernadores provinciales recabaron a su vez la información de los obispos de las diócesis, como se siguió con el de Jaca respecto de San Juan de la Peña.

LOS ERUDITOS CARDERERA, QUADRADO Y PARCERISA

Poco tiempo después, y en el intervalo de apenas dos años subirán al monasterio tres destacados eruditos románticos. Debemos entender el término erudito del siglo XIX como el del investigador científico de nuestra época.

Contaba cuarenta y cuatro años Valentín Carderera (Huesca, 1796-Madrid, 1880) cuando subió, a comienzos del otoño de 1840. Lo hizo como miembro de la Comisión de Monumentos Nacionales y le acompañaban dos miembros del Liceo Artístico y Literario de Huesca. Se había constituido esta asociación literaria, artística y arqueológica el 27 de marzo de ese año como filial del Liceo de Zaragoza.

Como es sabido, fueron los Liceos la creación más genuina del espíritu y de la cultura romántica en España. El de Huesca empezará muy activo, pues enseguida se constituyó la comisión de arqueología que recorrerá —sin duda por orientación de su paisano Carderera— los viejos monasterios altoaragoneses con un objetivo muy preciso: describir los sepulcros de reyes y nobles que los albergaban. Así, recorrieron, además del monasterio pinatense, el de San Victorián, San Pedro el Viejo en la capital y la iglesia de San Miguel de Foces. Como recogía la noticia el boletín del Liceo zaragozano *La Aurora* (18-X-1840), "aquella comisión de eruditos oscenses quería salvar así la memoria de nuestro Reyes y ofrecer a la vista del viajero las riquezas artísticas que en otro caso serían perdidas para todos".

No sabemos qué apuntes dibujaría o qué notas redactó Carderera durante esta visita y en otra que hizo dieciséis años después, en 1856.

En esta segunda ocasión, gracias a sus informes se dispuso una ayuda económica por parte del Estado de casi 13.000 reales para las obras de reparación de ese año y otra similar para el siguiente¹⁰.

Esta vez le condujeron, además, a Carderera a San Juan de la Peña otros intereses. Estaba editando las entregas de la que era su obra monumental sobre la "Icono-

10. M. C. PALACÍN, op. cit. (1997), pág. 154.

grafía Española”, basada en el estudio y dibujo de las esculturas funerarias de la monarquía y nobleza. Había viajado a Jaca para dibujar el sepulcro de Doña Sancha, que, retirado, como es sabido, en el siglo XVII del monasterio de Santa Cruz de la Serós, se encontraba en el de las benedictinas de esta ciudad. Dibujará con precisión de arqueólogo por los cuatro costados este sepulcro, que llama “trisona” por haber contenido los restos de las tres princesas¹¹.

También lo hizo con los sepulcros de Alfonso el Batallador y de un infante que en esos años antes de su desamortización, o enajenación —como apostilla Carderera—, se hallaban en otro gran monasterio altoaragonés: en “la real casa de Montearagón”.

Pero, ¿por qué no dibujó los panteones de San Juan de la Peña? Seguramente, por carecer de interés escultórico, ya que ninguno presenta relieves o esculturas de los personajes sepultados en ellos.

El joven historiador menorquín José María Quadrado (1819-1896) y el dibujante barcelonés Javier Parcerisa (1803-1875) formaron una pareja de eruditos románticos perfectamente sincronizada en sus respectivos papeles literario y artístico. Sus viajes de punta a cabo de Aragón y los estudios científicos sobre el legado artístico quedaron cabalmente recogidos en uno de los doce tomos que componen la magna publicación *Recuerdos y Bellezas de España*, que se empezó a editar en 1839, y servirá durante muchísimos años de docta e ilustrada guía de autoridad para sucesivos estudiosos y autores de otras guías¹².

Ahora, ciento cincuenta años después, podemos acompañarles de nuevo a Quadrado y Parcerisa, desde su prosa y grabados, en su visita al monasterio, empezando por rehacer aquel viaje romántico, después de visitar Jaca, su catedral y la monumental chimenea gótica de una casa.

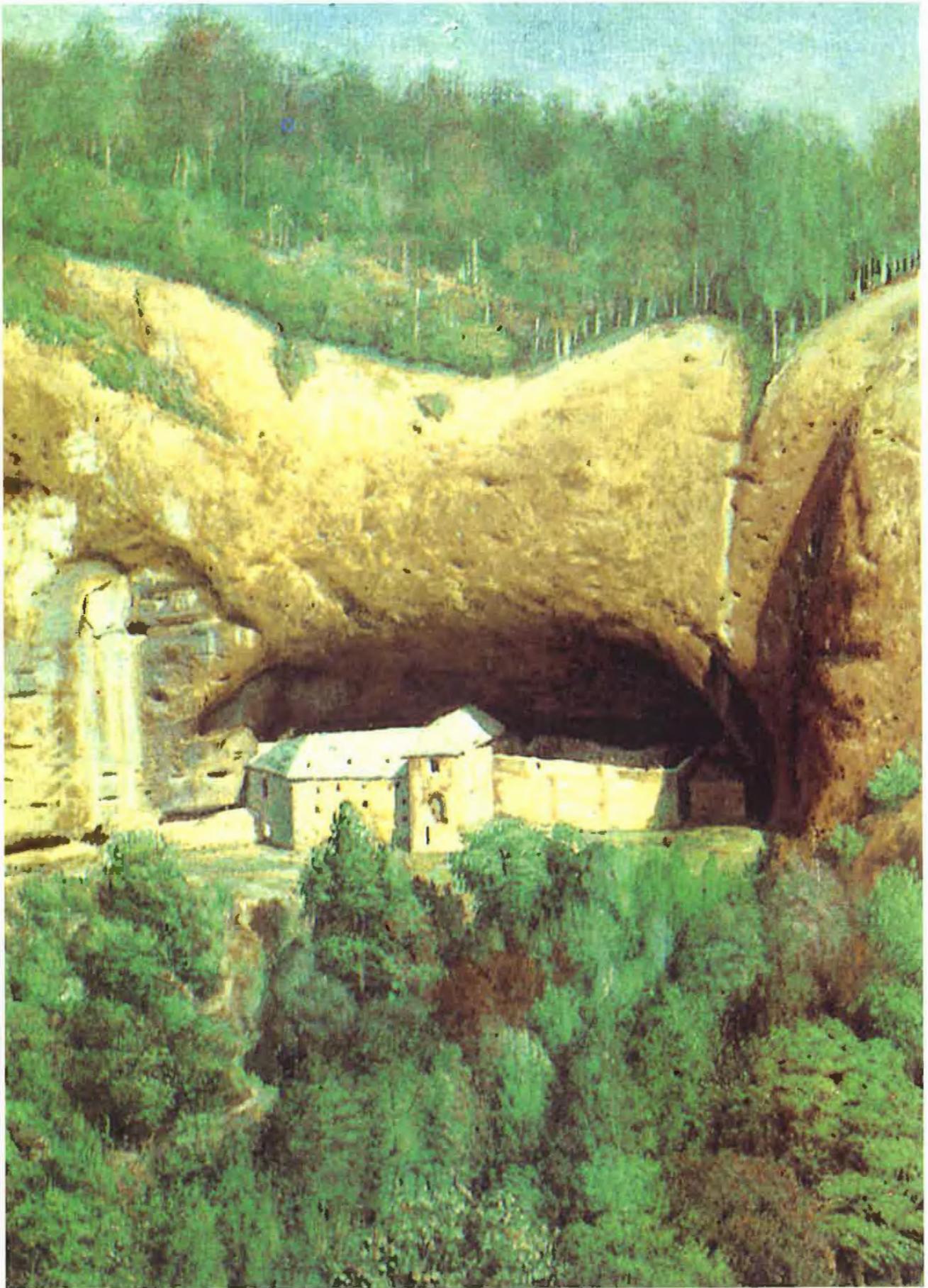
Remontamos con ellos el barranco de Atarés hasta “la risueña aldea de Santa Cruz de la Serós”, donde se detienen a anotar y dibujar el estado de la iglesia románica: “El convento ha desaparecido; de la iglesia yace hundida la parte inferior, y como recurso más expedito y más económico que el de levantarla, se la ha separado con un tabique de la porción que subsiste íntegra, dando al templo un magnífico vestíbulo de ruinas”.

Después de contemplar la elocuente y testimonial litografía de la iglesia dibujada por Parcerisa, empezamos la ascensión ambientados con esta típica descripción romántica de exaltación superlativa de la naturaleza, que de pintoresca va pasando a sublime o sobrecogedora: “trépase durante una hora por peñascos escabrosísimos, costeano profundos barrancos poblados de sonoros ecos, y por los cuales se oye rodar estrepitosamente como de abismo en abismo la piedra de lo alto desprendida”.

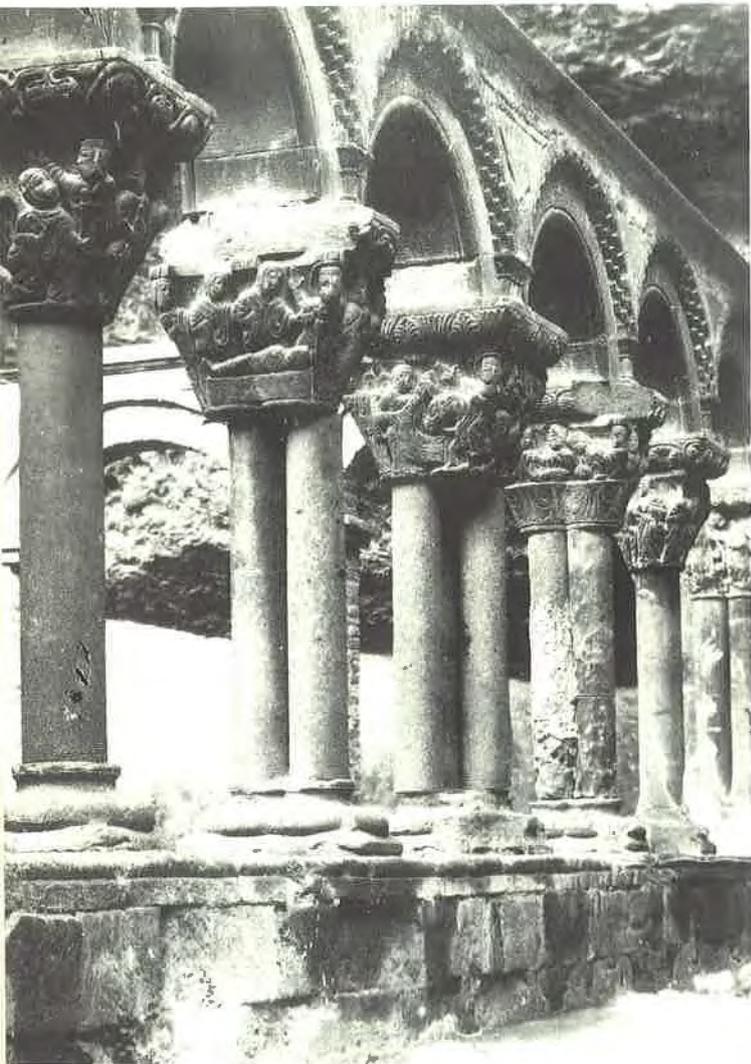
Al llegar al monasterio nuevo, les llaman la atención las dos torres de su fachada y el extenso edificio en paraje tan elevado y escondido, vacío por la reciente exclaustación. Tres láminas ilustran el texto, animadas por figuritas, al gusto romántico y de Parcerisa en particular: una pareja de caza-

11. Manuel GARCÍA GUATAS, *Carderera: un ejemplo de artista erudito y romántico*, en “Artigrama”, Revista del Departamento de Historia del Arte, Universidad de Zaragoza, n° 11, 1994-1995, pág. 441. Los dos volúmenes de las entregas con láminas dibujadas por Carderera y litografiadas en París, editadas con texto en español y francés a dos columnas, tenían unas dimensiones de 58 x 40 cm. y se publicaron en 1855 y 1864.

12. Entre las guías de estas décadas, bastante coincidentes en el enfoque y hasta en el tratamiento, cuyo precedente es la monografía de Ricardo del Arco de 1919, hay que citar la de Virgilio VALENZUELA, *Los monasterios de San Juan de la Peña y Santa Cruz de la Serós. Guía del visitante*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Oscenses, Huesca, 1964, 146 págs. y otras dos, al menos, de Francisco OLIVÁN BAILE, *San Juan de la Peña. Arte, Geografía e Historia*, Zaragoza, Imprenta del Hogar Pignatelli, Zaragoza, 1952. *Los monasterios de San Juan de la Peña y Santa Cruz de la Serós. (Estudio histórico-arqueológico)*. Talleres Editoriales El Noticiero, Zaragoza, 1969, 139 págs.



82. El monasterio de San Juan de la Peña, pintura de Santiago Ramón y Cajal (foto cedida por Ibercaja)



83. El claustro de San Juan de la Peña en 1878.
Foto de Santiago Ramón y Cajal

dores en la vista del monasterio alto, el viajero acompañado por un clérigo al llegar al monasterio antiguo y un paisano con un monje sentado en el claustro.

Como si el trayecto de descenso al otro monasterio le hubiera dado pie al joven escritor para recordar su historia, introduce en el texto una extensa narración, mano a mano histórica y legendaria, siguiendo la del abad Juan Briz sobre la fundación del monasterio, que va a refrendar con la transcripción a continuación de las inscripciones latinas de cada una de las lápidas del panteón de nobles.

Por la exhaustiva atención que les concedió Quadrado, copiadas en notas a pie de

página, se puede deducir que el principal impulso del joven arqueólogo-historiador por visitar el monasterio de San Juan de la Peña fue contemplar las tumbas, leer los obituarios monacales y reconstruir las genealogías nobiliarias; y a partir de los personajes y familias allí esculpidos sus nombres, rehacer el pasado y escribir la historia con esta emoción romántica: *“En el atrio cobijado por la roca y sólo oblicuamente iluminado por los rayos del sol, duermen los ricos hombres y los grandes de la tierra, los rudos y sencillos guerreros de la primera época, y los orgullosos varones más tarde rivales del soberano, las nobles damas y los servidores predilectos del trono”*.

Por el contrario, bastante más breve, aunque precisa, es la descripción que dedica a la arquitectura semirrupestre de la iglesia superior románica del siglo XI, que define —como era costumbre en las clasificaciones de los siglos XVIII y XIX— de estilo bizantino.

Pero retoma enseguida Quadrado su inventario topográfico funerario del monasterio, pues ¿qué eran y han sido sus dos iglesias y claustro más que un panteón de abades, nobles y reyes?

Pasa enseguida al panteón neoclásico —cenotafio real de la primitiva monarquía aragonesa— para exaltar su histórica misión guerrera: *“desde la iglesia principal una puerta del lado del evangelio introduce a la antigua sacristía hoy regio panteón, que por espacio de cinco siglos recibió en su seno los cadáveres de los primeros soberanos, más veces procedentes de la tienda de campaña que del mullido lecho, más cansados de combatir que enervados por los goces de palacio”*.

De la oscura iglesia inferior prerrománica lo único que pudo ver Quadrado —o mejor, sentir bajo sus pies en la permanente penumbra— era que *“está enlosada con sepulturas de abades”*.

Su última atención artística al monasterio la dedica a un cuarto ámbito de recuerdo epigráfico de los monjes, cuyas inscripciones transcribe también una a una: "A más del atrio y el panteón hay una tercera pieza destinada igualmente a mansión de los muertos, y superior ciertamente a las otras en belleza y majestad: tal es el claustro".

Terminan la visita al lugar de San Juan de la Peña con una exaltación de la naturaleza, de sus rocas y bosques de pinos y abetos, y con un recorrido por las ermitas de los alrededores: las de San José y de San Voto, la rupestre de San Íñigo y la de San Martín en el paco Pardina, que cree eran los restos y testimonios de una vida eremítica en torno al cenobio.

Desde allí, nuestros viajeros románticos emprendieron de nuevo el camino de Zaragoza, bajando por Botaya y Anzánigo, para visitar antes Ayerbe y detenerse en la visita del castillo de Loarre.

VÍCTOR BALAGUER: LOS RECUERDOS DE UN VETERANO ROMÁNTICO

Un romántico rezagado del tiempo histórico del romanticismo lo fue el barcelonés Víctor Balaguer (1824-1901) cuando publicó en 1896 —a los 72 años— los recuerdos de una visita que había hecho, con apenas 24, a San Juan de la Peña, entre 1847 y 1850, tal como intentaba apuntalar al comienzo de su narración las fechas de aquel viaje de juventud en su ahora memoria de anciano.

Publicará Balaguer esta breve historia del monasterio en 1896, en dos números de la madrileña *Revista Contemporánea*.¹³ Pero bien pocos años antes había demostrado su afecto literario e histórico por

Aragón y por su antiguo reino, colaborando, por ejemplo, en la primitiva *Revista de Aragón* (1876), publicando una historia legendaria del monasterio de Piedra, o participando en los Juegos Florales de Zaragoza de 1894 y en los de Calatayud, al año siguiente¹⁴.

Aunque esta narración del monasterio pinatense correspondía a las memorias de un viejo romántico, Víctor Balaguer era, además, un personaje muy conocido y venerable, retirado ya de la vida pública política, como ministro de Fomento y de Ultramar en tres gabinetes progresistas. Pero lo más llamativo de su personalidad es que no le costaba esfuerzo alguno tomar la pluma para reescribir la historia medieval catalano-aragonesa o enderezar unos versos galantes.

Había crecido con la primera generación romántica, recorrió con su prosa y versos todos los géneros de la literatura romántica: el teatro, la poesía, la novela histórica y, sobre todo, había dedicado su vida al estudio del pasado y de los monumentos de la Corona de Aragón, que seguía anhelando como virtual modelo político. Ahora, en aquellas postrimerías de su siglo, echaba mano de sus apuntes y notas de viaje (que guardaba en su Museo y Biblioteca de Villanova y la Geltrú) para poner por escrito aquella visita a San Juan de la Peña de hacía casi cincuenta años.

Le acompañó el entonces novel escritor jacetano Gregorio Amado Larrosa, al que recordaba como amigo de juventud (ya fallecido hacía algunos años) y autor —como anota Balaguer desde las primeras líneas— de un drama en verso que llegará a representar en Barcelona, donde este jacetano fue además redactor del *Diario de Barcelona*.

13. Víctor BALAGUER, *San Juan de la Peña. Su historia. Sus tradiciones. Las leyendas. Sus recuerdos. Excursión al monasterio*, en "Revista Contemporánea", tomo CIII, págs. 225-243 y 352-363, Madrid, 15 de agosto de 1896.

14. José-Carlos MAINER, *BALAGUER CIRERA, Víctor*. Gran Enciclopedia Aragonesa, Unali, Zaragoza, 1980.

La historia del monasterio la hace dialogada a trechos, hilvanada por la leyenda a veces y extraída siempre del pozo de su honda y prolífica erudición.

Y aunque los tiempos y los gustos habían cambiado mucho, Víctor Balaguer seguía declarándose fiel al espíritu del romanticismo: "*Publico estas impresiones tales como fueron pensadas y escritas, que no quiero borrarles su color de época, en forma de leyenda romántica*".

Por eso, a renglón seguido y a lo largo del primer capítulo, da rienda suelta a la leyenda y a la tradición, con diálogos entre los actores de las escenas.

Reaviva el mito de "los trescientos de Pano": aquellos aragoneses juramentados que iniciaron la reconquista desde los escondrijos de estas montañas: "*Llegados el día y la hora de la cita, trescientos fueron poco más o menos los que se juntaron en la cueva de Pano, que desde aquel momento pasó a ser como la de Covadonga, momento de honor y gloria en los anales de España*".

A continuación reivindica en tono enérgico que "*mientras que la cueva de Covadonga, con justicia notoria, sigue realzada y protegida, la de Pano, con injusticia flagrante, se halla en abandono y ruina, por todos y de todos olvidada*".

No era el primero que se había fijado en este paralelismo entre los lugares históricos de San Juan de la Peña y Covadonga¹⁵, pero esta comparación, o mejor, definición de Víctor Balaguer hará correr mucha tinta de prensa en las primeras décadas del siglo. Inspirará, junto con sus leyendas, al erudito pintor aragonés Hermenegildo Estevan desde Roma, en 1926, un pequeño gouache, que titulará *Los cien de Pano en Uruel*, en el que representa la

celebración de una misa en el bosque ante la cueva de San Juan, en presencia de estos caballeros.

Concluido este primer capítulo de la historia legendaria, dedica el siguiente a recordar aquella excursión en que salieron andando con el alba los dos jóvenes -Balaguer y Larrosa- desde Jaca. Visitaron primero "*lo que quedaba*" del monasterio de Santa Cruz de la Serós y como había hecho Quadrado, anota que "*el convento había ya desaparecido y la iglesia tenía hundida la parte inferior*".

Pero la coincidencia con el relato de Quadrado es bastante calcada, sobre todo cuando describe Balaguer la subida al monasterio de la Peña. ¡Era natural que ya no recordara bien el camino y siguiera la senda del texto del primer romántico! Se inflama del mismo sentimiento al contemplar naturaleza tan poderosa y sublime. Comparemos dos párrafos del trayecto de ambos viajeros:

José María Quadrado (1844):

"*Trébase durante una hora por peñascos escabrosísimos, costeano profundos barrancos poblados de sonoros ecos, y por los cuales se oye rodar estrepitosamente como de abismo en abismo la piedra de lo alto desprendida. A cada vuelta de la senda se abre más honda la sima bajo nuestros pies, pero también se despliega a nuestros ojos más dilatada y amena la perspectiva*".

Víctor Balaguer (1896):

"*Durante hora y media no hicimos más que costear hondos barrancos, en los cuales vive el eco solitario y por los cuales se oye sonar, con siniestro ruido, la piedra que desgajan los pies del caminante. A cada vuelta de la senda veíamos abrirse*

15. Pedro de CLAVER Y BUENO, *Aragón cristiano y caballeresco. Sus tradiciones y leyendas*. Establecimiento tipográfico de Jacobo M. Pérez, Huesca, 1889. En el primer capítulo: "San Juan de la Peña. Su tradición y sus montañas", compara el destino de ambos lugares, pág. 18.

simas más profundas, y nos encontrábamos suspendidos sobre abismos sin fondo, que causaban vértigo.

Llegados a la cumbre, nos sentamos un momento, no tanto para descansar de la fatiga, cuanto para pasear nuestra mirada por hermosa perspectiva”.

Pasó Balaguer con indiferencia delante del monasterio nuevo, cuyo exterior “no deja de tener aspecto grave y romántico; pero lo pierde del todo cuando tropiezan los ojos con su moderna fábrica de ladrillo, cercada por una muralla de poca altura”.

Pero era ya difuso el recuerdo de la forma del monasterio bajo, y breve será el espacio que le reservará en el texto, casi al final del segundo capítulo; ahora bien, con el recurso de la historia, llenará los huecos de su memoria desarrollando tres ideas, bien enjaezadas por su pluma literaria.

La primera, la impresión que le produjo contemplar la gran cueva donde se oculta el monasterio, que redactará tomando esta cita del Quadrado: “a manera de perla en su concha que al cabo de los siglos ha descubierto alguna excavación”.

La emoción de este descubrimiento le devuelve de inmediato al pasado y a los momentos más vibrantes de la historia de este lugar sagrado:

“Éste es el edificio que se levantó en el sitio mismo donde estuvo la ermita que fue de Juan de Atarés y de Voto; es el templo que se alzó en el lugar donde sonó el primer grito de libertad y de reconquista para la patria; es el que fue panteón de monarcas aragoneses hasta que la dinastía de los Berenguer de Barcelona tuvo la suntuosidad de Poblet”.

La tercera idea o reflexión es la impresión que quedará grabada en su memoria tras la visita al panteón neoclásico de los monarcas, de que todo el monasterio era un panteón:

“Pero no es solamente en este panteón donde hay sepulturas. San Juan de la Peña las tiene en todas partes: que es San Juan de la Peña una gran necrópolis”.

Concluía Víctor Balaguer su redacción con una amarga denuncia del estado de desamparo en que se hallaba el monasterio cuando lo visitó y continuaba entonces, medio siglo después:

“Cuidaba entonces de él un antiguo monje, que vivía en el monasterio nuevo a modo de eremita en un desierto palacio, y tenía la guarda y las llaves de todo. Después ... después ya no se lo que ha sucedido, ni quiero saberlo.

Aquello está en gran olvido y abandono por parte de los Gobiernos, de las Cortes, de las Academias, de las autoridades, de los de arriba y de los de abajo”.

LAS PRIMERAS IMÁGENES FOTOGRÁFICAS

Si las que voy a citar no fueron tal vez las primeras fotografías que se hicieron del monasterio de San Juan de la Peña por un fotógrafo profesional —español o extranjero—, sin embargo tienen la primacía de su calidad y de haber sido tomadas por un experto artista de la fotografía, aunque décadas después será mundialmente famoso por obtener el Nobel en Medicina. Me refiero, claro, al joven Santiago Ramón y Cajal, quien en fecha tan temprana como 1878 sacó tres soberbias fotografías del monasterio y de sus alrededores, aunque reveladas y dadas a conocer muy recientemente¹⁶. Años después,

16. Alfredo ROMERO, *Ramón y Cajal*. Catálogo de la exposición, Diputación provincial de Zaragoza, 1984, págs. 28 y 29. Reproduce la foto del claustro. Juan LACASA LACASA: *Crónica de San Juan de la Peña 1835-1992*. Ibercaja, colec. Boira, Zaragoza, 1993. 111 páginas. Pág. 82 y reproducción de tres fotografías de Ramón y Cajal a lo largo del texto.



84. Estado del claustro durante la visita del Nuncio Ragonesi y del obispo de Jaca Castro Alonso en 1920. Foto Archivo Peñarroya, Jaca

en 1886, se publicarán en Barcelona las de Laurent, Joaritz y Mariezcurrena para la segunda reedición de la obra de Quadrado.

Había subido el verano de aquel año al balneario de Panticosa para curar su tuberculosis, contraída en Cuba tras su reciente destino como capitán médico. Pero el final del verano y el comienzo del otoño los pasará —como el mismo lo cuenta— hospedado en el monasterio alto para terminar de reponerse:

“Cuando, de regreso del balneario, pasé por Jaca y me instalé con mi hermana en el monasterio nuevo de San Juan de la Peña, hallábame sumamente animado y con todos los signos de una franca convalecencia: lo apacible y pintoresco del lugar; una alimentación suculenta formada de carne y leche; giras diarias por los bosques circundantes; interesantes visitas al monasterio de la Cueva, donde duermen su eterno sueño los antiguos monarcas de Aragón; excursiones fotográficas a los alrededores de la montaña y a la cercana aldea de Santa Cruz de la Serós, etc... acabaron por traerme, con la seguridad del vivir, el vigor del cuerpo y la serenidad del espíritu”.

Y a renglón seguido reconocía: *“Considero que la fotografía, de que era yo entonces ferviente aficionado, cooperó muy eficazmente a distraerme y tranquilizarme”*¹⁷.

Efectivamente, recorrió los bosques de los alrededores en compañía de su hermana Paula, que lo cuidaba, pues le hizo una estupenda fotografía entre la espesura de los árboles y, al menos, dos tomas más del monasterio medieval: una del conjunto de la gran cueva, incluida la vista del monasterio alto, con la que compondrá también después un pequeño paisaje al óleo, y otra de un ala del claustro, de insustituible valor documental para conocer cómo estaban dispuestos y conservados los capiteles del lado principal

con sus columnas y zócalo, muchos años antes de que se procediera a su restauración.

ALGO EMPEZÓ A CAMBIAR PARA EL MONASTERIO MEDIEVAL

En verdad, muy poco había cambiado el estado de los edificios del viejo monasterio durante aquel medio siglo, salvo hacia un progresivo deterioro, y casi nada habían hecho por repararlo las instituciones del Estado que señalaba Balaguer.

Recordemos que la Diputación Provincial de Huesca se había preocupado nada más pasar a su propiedad en 1843 ambos monasterios, de poner un monje guardián, Lorenzo Casvas, para su custodia. Pero las rentas que irá asignándole el Gobierno en los años siguientes para el mantenimiento del edificio no fueron más que ocasionales y desconocemos a qué se aplicaron.

La valoración, atención por parte de las instituciones y su paulatino conocimiento por más viajeros y excursionistas empezarán a cambiar a raíz de la declaración de Monumento Nacional del monasterio antiguo de San Juan de la Peña, que apareció decretada en la Gaceta de Madrid el 15 de julio de 1889. Decisivo fue el razonado y preceptivo informe de la Real Academia de la Historia, de 23 de abril de ese año, firmado por el secretario Pedro de Madrazo y el director Cánovas del Castillo, del que son elocuentes algunas frases y párrafos:

“Covadonga sintetiza la restauración cantábrica como San Juan de la Peña la pirenaica. (...)”

Sumas inmensas se han gastado para facilitar la llegada a Covadonga. San Juan de la Peña sólo reclama que se le conserve con decoro. (...)”

17. Santiago RAMÓN y CAJAL, *Mi infancia y juventud*. Espasa-Calpe Argentina, tercera edición, Buenos Aires, 1944, págs. 261-262.

El Estado lo cedió a la Diputación provincial de Huesca, la cual con los rendimientos poco cuantiosos de los montes inmediatos, ha atendido a la conservación del monumento y manutención de guardas; pero al presente, por razones de economía, cree de absoluta urgencia la calificación de Monumento Nacional¹⁸.

Era el cuarto monumento de Aragón que alcanzaba esta calificación legal protectora. Lo habían sido pocos años antes la iglesia de Santa Engracia de Zaragoza (1882), la colegiata de Santa María de Calatayud (1884) y el claustro románico de la iglesia de San Pedro el Viejo de Huesca (1885).

Como consecuencia de esta medida y de los informes de la Comisión provincial de Monumentos de Huesca (en 1891 y 1895) de denuncia del estado de ruina del monasterio a las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, el arquitecto zaragozano Ricardo Magdalena (que lo era del Ministerio de Fomento para restauraciones en las regiones de Aragón y Cataluña) redactará en 1897 un primer proyecto de intervención en el monasterio viejo, complementado con otro al año siguiente, aunque no se llevarán a efecto hasta 1903¹⁹.

Muy atinadamente, el erudito coronel de Artillería, historiador, académico y miembro de la Comisión de Monumentos de Zaragoza, Mario de la Sala Valdés, que había visitado San Juan de la Peña en el verano de 1894, hará pública años después esta carta a nuestro arquitecto restaurador:

“Al distinguido arquitecto D. Ricardo Magdalena:

¿Conque es verdad que, después de tantos años de incalificable olvido, hay un gobierno español que comprendiendo la importancia histórica y artística del “Real

Monasterio de San Juan de la Peña”, se propone defender y restaurar ese insigne monumento, cuna y blasón de la Monarquía aragonesa?

¿Conque es verdad también que usted, amigo mío, que tan alto supo colocar la bandera de sus aptitudes en los claustros de “San Pedro el Viejo” de Huesca, va a ser el arquitecto restaurador?

Aragón está dos veces de enhorabuena, porque la restauración se hará y se hará bien, interviniendo usted en ella.

Supóngolo sorprendido y apesadumbrado al regresar de la visita que acaba de hacer a las venerandas ruinas de los Cenobios de Pano. También yo las visité en el verano de 1894, y fruto de aquella visita y de los apuntes que tomé sobre el terreno, es la siguiente breve monografía que tengo el gusto de dedicarle.

Que le sirva de algo, aunque sólo sea para refrescar el recuerdo de lo que allí queda, y uno y otro hemos visto con ojos amantes de las glorias españolas, es lo que vivamente desea su admirador amigo,

*Mario de la Sala Valdés
Zaragoza, 28 de marzo de 1895”*

La publicó a modo de dedicatoria al arquitecto al comienzo de los ocho artículos, ilustrados con fotografías, titulados: “Una visita a San Juan de la Peña”, que aparecerán en sucesivas entregas en el semanario católico *El Pilar* (desde el 3 de febrero al 31 de marzo de 1900).

LA PRIMERA VISITA DE UN REY DESDE LA EDAD MEDIA

Aunque era este monasterio el primer panteón real de la monarquía aragonesa,

18. R. DEL ARCO, *La Cavadonga de Aragón. El Real Monasterio de San Juan de la Peña. Monografía histórico-arqueológica, ilustrada con fotografías, seguida de un apéndice sobre el Real Monasterio de Santa Cruz de la Serós*. Edición de F. de las Heras, Jaca, 1919, 169 páginas, fotografías de Francisco de las Heras y dibujos del arquitecto provincial y conservador del monasterio, Francisco Lamolla, págs. 3 y 4.

19. Ascensión HERNÁNDEZ, *Vida y obra del arquitecto Ricardo Magdalena (1849-1910)*. Tesis doctoral, inédita, Universidad de Zaragoza, junio de 1995, tomo III, págs. 861-869.



85. Excursionistas en el claustro en octubre de 1911 (Cortesía de Gerardo Alcañiz)

ningún otro rey aragonés o de los reinos de España había subido hasta él —en vida o a descansar para la eternidad— desde el siglo XIII.

Es para recordarlo y hasta para reconocerlo que lo visitara en septiembre de 1903 el jovencísimo monarca Alfonso XIII y lo hiciera con 18 años, recién estrenada su mayoría de edad para ceñirse la corona.

Bien cierto es también que han sido los Borbones los que se preocuparon por dignificar el humilde panteón de sus antecesores en la corona de España en el monasterio de San Juan de la Peña. Ya hemos visto que lo hizo Carlos III al ordenar construir el nuevo panteón real. Subirá a caballo a comienzos de nuestro siglo, como voy a comentar, Alfonso XIII y hace bien pocos años lo harán en visita oficial, el 28 de abril de 1997, Sus Majestades Don Juan Carlos I y Doña Sofía, donde fueron recibidos por el Gobierno de la Comunidad Autónoma de Aragón, hacién-

doles entrega el Presidente de una reproducción de los anillos aparecidos hacía diez años en las excavaciones de las tumbas del primitivo panteón real.

Para el joven Alfonso XIII subir y bajar a caballo al monasterio por el camino antiguo de Santa Cruz de la Serós fue una alegre jornada deportiva de montaña, aunque lo hiciera acompañado de una numerosa comitiva oficial de ministros, autoridades, nobles y caballeros, cual revivido cortejo medieval itinerante.

Había concluido sus vacaciones veraniegas en San Sebastián, desde donde había visitado Echarrí-Aranaz y Estella, para llegar el 4 de septiembre por ferrocarril a Jaca, con paradas en las estaciones de Huesca y Ayerbe para recibir la pleitesía de las autoridades y habitantes.

Al rey le acompañaron en la excursión de aquel sábado, 5 de septiembre, a San Juan de la Peña su hermana la princesa

Mercedes, y su marido, el infante Carlos de Borbón Sicilia, el cortejo de noventa invitados, entre los que se contaba (como narró el historiador Oliván Baile) el conde de la Viñaza, Cipriano Muñoz del Manzano, diplomático y polígrafo de raigambre aragonesa, que hizo de cicerone²⁰.

La excursión real partió de la venta de Santa Cilia, donde montaron en mulos para recorrer el placentero valle hasta Santa Cruz de la Serós y tomar el abrupto camino medieval. Tanto complacieron al joven monarca el paisaje y las vistas que ordenó al duque de Bivona tomar fotos de aquellas panorámicas tan espectaculares.

La primera visita, y motivo del viaje, fue a los panteones de reyes y nobles, deteniéndose también ante la sepultura del conde de Aranda. El obispo de Jaca —el agustino asturiano Francisco Javier Valdés Noriega— y los canónigos de su catedral rezaron responsos en el panteón real. Luego, delante del más espacioso panteón de nobles, tuvo lugar un sencillo acto de entrega al rey de un singular recuerdo: el anillo de oro, con el nombre PAX grabado, y un diminuto camafeo romano engastado, que debió aparecer en el esqueleto del rey Pedro I, en una de las excavaciones llevadas a cabo en las sepulturas en 1654 o 1770. Había pertenecido al último abad del monasterio, Dom Pascual Ara, quien se lo había pasado a su sobrino el canónigo jacetano Tomás Ara, que en aquel acto regaló al rey por manos de su obispo.

Al día siguiente, Alfonso XIII se trasladaría desde Jaca a Canfranc para inspeccionar el espectacular fuerte de Coll de Ladrones, y un día más tarde regresaba a Huesca, donde le tributaron un entusiasta

recibimiento, como se lo habían preparado a su padre, veintiún años antes, cuando vino a inaugurar el comienzo de las obras de este ferrocarril²¹.

EL EXCURSIONISMO, EL TURISMO Y LOS VISITANTES DEL SIGLO XX

Como es sabido, el concepto de excursión tuvo en sus orígenes, durante los años finales del siglo XIX, una misión pedagógica y hasta científica de descubrimiento del patrimonio artístico español. Como tal, fue una idea desarrollada por la Institución Libre de Enseñanza (que ya en 1881 había subido un grupo de sus miembros al monasterio de San Juan de la Peña)²², por la Sociedad Española de Excursiones de Madrid, o por el Centre Excursionista de Cataluña.

También el Ateneo de Zaragoza cultivará entre sus selectos miembros la práctica del excursionismo en los primeros años del nuevo siglo a las ciudades monumentales mejor comunicadas de Aragón. En 1902 subieron un grupo de sus socios y durante la comentada visita de Alfonso XIII al monasterio de San Juan de la Peña estuvo también presente una representación del Ateneo, cuyo secretario, el joven profesor de Derecho Juan Moneva, leyó unas cuartillas ante el monarca, pidiendo la restauración de ambos monasterios.

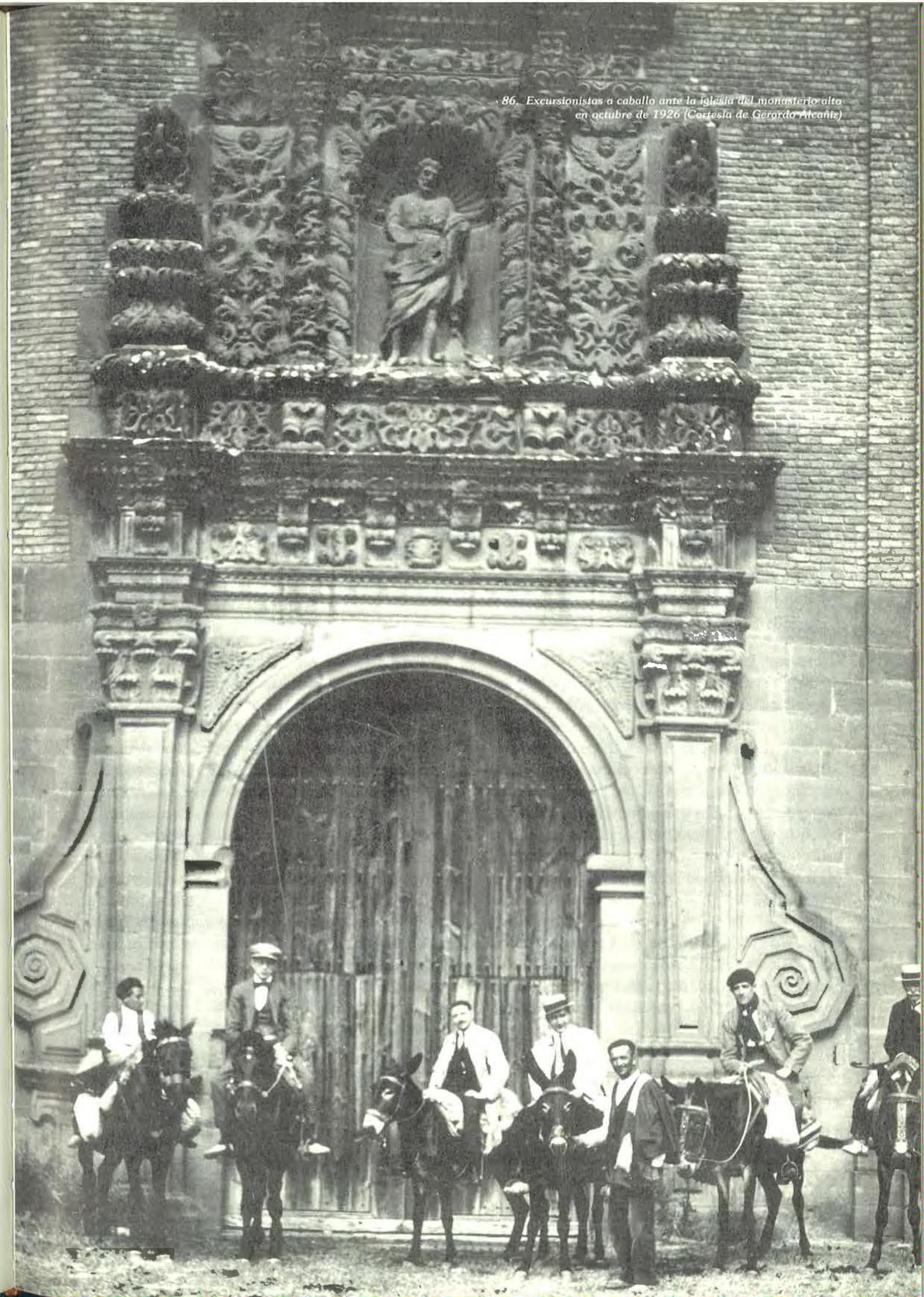
Si el excursionismo se desarrolló con el uso del ferrocarril, el turismo empezará a fomentarse con el disfrute del automóvil y la apertura o mejora de carreteras. Además de favorecer el acceso a pueblos y lugares muy a desmano del ferrocarril —como San Juan de la Peña—, permitirá ir descubriendo las bellezas

20. F. OLIVÁN BAILE, *op. cit.* (1969), págs. 97-99.

21. Se publicaron crónicas previas casi diarias de la visita del rey al Altoaragón en *El Diario de Huesca* y en los semanarios de Jaca. Especial relieve tuvieron las de este diario del 5-IX-1903 y de los días siguientes a la visita oficial a Huesca. También dedicó una crónica de sociedad, aunque ilustrada con tres fotografías del monasterio y otras tantas del viaje de Alfonso XIII desde Estella, la revista *Bianco y Negro*, 5-IX-1903.

22. J. LACASA LACASA, *op. cit.*, pág. 92.

86. Excursionistas a caballo ante la iglesia del monasterio alto en octubre de 1926 (Cortesía de Gerardo Alcáiz)



y singularidades, en este caso del Alto Aragón, y crear una conciencia del sentimiento aragonés por el descubrimiento de la historia pasada y del porvenir que vislumbraban para el presente —entonces de vibrante patriotismo— a tono con los ideales del gobierno de Primo de Rivera y con el resurgimiento de las conciencias regionales de España.

La nueva conciencia sobre el monasterio de San Juan de la Peña y los orígenes del reino de Aragón comenzaron a divulgarla periodistas y escritores desde la prensa regional y revistas de toda orientación y, de un modo casi habitual, desde los tres semanarios jacetanos (*El Pirineo Aragónés*, *La Montaña* y *La Unión*) y por estudiosos desde las nuevas guías modernas.

Un ejemplo de estas primeras guías generales con un pionero sentido turístico fue la redactada por Ricardo del Arco y el escritor local y miembro de la Sociedad de Turismo del Alto Aragón, Luciano Labastida, inspirada para el capítulo del monasterio en buena medida en el prestigioso texto de Quadrado y en su tono culto y erudito. Fue editada en Huesca en 1913 con el título de *El Altoaragón monumental y pintoresco*.

En la prensa de los años siguientes se reavivará el interés por el monasterio, pero más que por sus valores artísticos, por lo que representó en la legendaria historia del nacimiento del reino aragonés. Se sacará brillo a la comparación con Covadonga, siguiendo el símil divulgado por Víctor Balaguer.

La ocasión la sirvió en bandeja al muy influyente periodista aragonés en Madrid, Mariano de Cavia, la celebración del centenario de Covadonga, en septiembre de 1918,

con presencia del rey. Con el título de *Las dos Covadongas. La favorecida y la olvidada*, publicaba un poderoso artículo en el diario *El Sol* (12-IX-1918), en el que dirigía un memorial al rey Alfonso VII de Aragón y XIII de España matizando algunas frases del discurso real en dicha celebración. Le recordaba ante todo que los aragoneses empezaron su reconquista y la creación del reino desde unos parajes y circunstancias similares:

*“Ahí está la Peña Uruel, tan sagrada como la Peña Santa de Pelayo; ahí está la enorme gruta en cuya roca viva, cuna de la monarquía más liberal que surgió de entre las sombras feudales, (...) ahí está el monasterio de San Juan de la Peña, ahí está la otra Covadonga. Pero, ¡ah, Señor! ¿Cómo está? En el olvido más triste, en el abandono más inicuo; privada, no ya del fausto y esplendor que pródigamente se otorga a otros lugares más afortunados, sino hasta de los recursos más indispensables para impedir que se desmorone y des haga por sí propio lo que irrisoriamente está calificado de monumento nacional”*²³.

Tendrá inmediatas respuestas de felicitación y adhesión el artículo de Cavia en la prensa de Zaragoza. La primera fue de Ricardo del Arco, quien le puntualizaba que la Covadonga aragonesa no se hallaba tan abandonada, pues la Comisión provincial de Monumentos, a pesar de sus menguados recursos, destinaba todos los años los fondos de su secretaría para reparaciones y pagar a un guarda²⁴.

Al año siguiente, este historiador y cronista de la provincia publicará una espléndida monografía, con excelentes fotografías del jacetano Francisco de las Heras, que titulará *La Covadonga de Aragón. El Real Monasterio de San Juan de la Peña*²⁵. Un

23. Mariano de CAVIA, *Antología*. Segunda edición, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1980, págs. 473-477.

24. R. del ARCO, *La Covadonga aragonesa. Al Señor Don Mariano de Cavia*, en *Heraldo de Aragón*, 18-IX-1918.

25. R. DEL ARCO, *La Covadonga de Aragón. El Real Monasterio de San Juan de la Peña*. (Jaca, 1919). Transcribe al principio el informe de la Real Academia de la Historia de 1889 para la declaración de Monumento Nacional del monasterio y los artículos de la prensa sobre el monasterio pinatense, ensalzado como la Covadonga aragonesa, de Cavia, Lampérez, Jardiell y Sangorrín.

año más tarde, el prestigioso historiador de la arquitectura, Vicente Lampérez, al comentar esta reciente publicación de del Arco, titulará también su artículo en *Heraldo de Aragón: La Covadonga de Aragón. El Real Monasterio de San Juan de la Peña*²⁶.

Tomarán igualmente la pluma los deanes Florencio Jardiel del Pilar y Dámaso Sangorrín de la catedral de Jaca. Y continuará haciéndolo en años sucesivos el historiador y cronista de Huesca, Ricardo del Arco, el más tenaz divulgador del monasterio; rememorará, por ejemplo, el viaje de Balaguer en el siglo pasado²⁷.

Algo lograron estos artículos y publicaciones, pues en octubre de 1920 era declarado el monte de San Juan de la Peña Real Sitio Nacional, adscrito a la Junta Central de Parques Nacionales. Tres años después, en agosto de 1923, una orden del ministerio de Instrucción Pública declaraba el monasterio nuevo Monumento Arquitectónico Artístico.

La creación del Sindicato de Iniciativa y Propaganda en 1925, a ejemplo de los sindicatos vecinos franceses, va a fomentar de modo permanente y entusiasta este sentimiento reivindicativo del monasterio en un nuevo modo de conocer los lugares y ciudades más importantes de la historia y del arte monumental de Aragón.

Pero lo harán aquellos comerciantes, profesionales liberales, periodistas, intelectuales y artistas de la pluma, del pincel o de la fotografía con un sentimiento patriótico aragonés, con una visión de lo que empezaba a ser (gracias al automóvil y a la mejora de las carreteras) el turismo para muchos, en sustitución del excursionismo de unos pocos

de anteriores décadas, y con un nuevo órgano de difusión, exquisitamente ilustrado y editado, como fue y sigue siéndolo después de 75 años la revista mensual *Aragón*. Desde entonces, San Juan de la Peña será tema predilecto en sus páginas de papel couché y en las numerosas fotografías que las ilustran.

Ya en su primer número, de octubre de 1925, se publicó un artículo del historiador y archivero municipal de Zaragoza, Manuel Abizanda. Bajo el título de "San Juan de la Peña, lo que fue, lo que es, lo que debería ser" hacía una reflexión muy crítica, pues si tenía que felicitar a los ingenieros forestales, que habían mejorado el pinar y los caminos y habían abierto nuevos paseos, sin embargo, calificaba de "vergüenza nacional" el estado de abandono del viejo monasterio y pedía se creara un patronato para fomentar su restauración.

Una iniciativa singular que llevó a cabo enseguida este Sindicato fue la donación de una mesa semicircular de mármol con la orientación orográfica de los principales picos y lugares del Pirineo desde los montes de Navarra hasta el pico Maladeta. La había dibujado el arquitecto municipal de Huesca Antonio Uceda, la grabó el marmolista José Beltrán y talló el basamento el escultor zaragozano Francisco Sorribas en forma de capitel sobre tres columnitas, labrado al modo románico con cuatro relieves de figuras, que componen una alegoría moderna y enmarcan el escudo de Aragón y las iniciales del SIPA. Fue colocada en el llamado balcón del Pirineo, el más visitado mirador del entorno del monasterio, al final del placentero paseo de San Vicente. Se inauguró el 25 de julio de 1926, ante una numerosa asistencia de excursionistas²⁸.

26. El artículo de Vicente Lampérez en H. A. 20-1-1920 es un extracto de la recensión que hizo de la publicación de del Arco para el Boletín de la Real Academia de la Historia.

27. R. DEL ARCO, *Evocaciones de los monasterios aragoneses. Víctor Balaguer en San Juan de la Peña*, en H.A. 1-VIII-1924.

28. Aquella lápida colocada por el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón apareció rota a mediados de los años ochenta y fue sustituida por otra idéntica a iniciativa del Príncipe de Asturias, Don Felipe de Borbón y Grecia, que había estado en ese lugar mientras era alumno de la Academia General Militar. Fue reforzado su pedestal con dos pies de columnitas y capiteles sin esculpir.



3. San Juan de la Peña.-Excursionistas Universitarios en la mesa de orientación admirando la cordillera Pirinaica

87. Profesores y alumnos de los cursos para extranjeros de la Universidad de Zaragoza en Jaca alrededor de la mesa de orientación, h. 1929. Tarjeta postal de F. de las Heras (Cortesía de Gerardo Alcañiz)

Pero la actuación con más porvenir para el conocimiento del monasterio fue la construcción de una carretera para poder llegar con automóviles desde el pueblo de Bernués. La idea ya se había expuesto y defendido en el Congreso Español de Turismo de 1912, pero hasta 1925 no hubo un proyecto redactado por el ministerio de Obras Públicas²⁹. El Sindicato de Iniciativa y Propaganda la alentará desde su revista *Aragón*.

En el número de octubre de 1929, con ocasión de la visita de la asociación Montañeros de Aragón a San Juan de la Peña, el firmante de la crónica, anhelaba la pronta finalización de las obras y anticipaba certeramente lo que iba a representar para el presente y el futuro del turismo del monasterio: "Está cercano el día que podamos llegar a San Juan de La Peña por la

carretera en construcción (...) . (...) La facilidad de comunicaciones dará a todo el Sitio Nacional una significación muy diferente de la que hoy tiene. En primer término, recibirá un impulso considerable el turismo rápido, el turismo de paso. San Juan de la Peña quedará a unos 150 kilómetros de Zaragoza; serán posibles y cómodas las excursiones en el día".

Aquellos diez kilómetros, que van ascendiendo entre interminables curvas por la ladera meridional de la sierra de San Juan de la Peña, fueron por fin una realidad en la primavera de 1931.

Uno de los que no podía faltar a aquel primer viaje en autobús fue el cronista de la provincia Ricardo del Arco. Y como siempre que se trataba de su admirado monasterio, dio cuenta enseguida desde *Heraldo de*

29. J. LACASA LACASA: op. cit., págs. 66-68.

Aragón de aquel viaje que abría a los turistas una panorámica inédita sobre las sierras interiores, para divisar al final del trayecto las nevadas cumbres de los Pirineos.

Se inauguró el domingo 12 de julio con la afluencia de unas dos mil personas, que llegaron con más de doscientos automóviles y autobuses. Llenaron las explanada del monasterio, y las fotografías del acto nos muestran la imagen inédita de un tiempo nuevo y moderno para este monumento: el del turismo y el comienzo del reinado del automóvil, hoy omnipresente y contradictoria tiranía³⁰.

Aquella inauguración, que convocó a tanto público, se convertirá a partir del año siguiente y por las mismas fechas en la celebración patriótica del Día de Aragón, promovido por este Sindicato. Este dará exhaustiva crónica en cada número de agosto de su revista *Aragón*, hasta 1936 en que dejará de convocarse tan entusiasta y masiva concurrencia de aragoneses de aquí y de los centros y casas de Barcelona y Madrid y de otras ciudades.

A la fiesta del Día de Aragón de 1933 asistieron también los alumnos y profesores de los Cursos de Verano para extranjeros de Jaca. Después de la solemne misa cantada, el orfeón de Huesca interpretó el repertorio wagneriano del Parsifal, Tannhäuser y Lohengrin, que evocaba la hermosa leyenda del Santo Grial, tan vinculada a la historia de nuestro monasterio pinatense y divulgada por la revista *Aragón* en sucesivos capítulos en los años anteriores. Como colofón, entonó el Aleluya de Haendel, seguido de un baile popular en la pradera.

Especial resonancia política y simbólica tuvo la celebración del año siguiente, con asistencia de unas ¡cinco mil personas! (según los cronistas), la presencia del ministro de Hacienda —el republicano aragonés Manuel Marraco—, diputados, presidentes de las Diputaciones de Huesca y Zaragoza y el alcalde de esta última, el discurso del catedrático de Historia de la Universidad Central de Madrid, Eduardo Ibarra, y, de nuevo, la interpretación por la Banda municipal de Zaragoza y el Orfeón Zaragozano de las obras más emotivas de Wagner: el preludeo de *Parsifal*, la marcha fúnebre del Ocaso de los Dioses y la obertura de *Tannhäuser*, para concluir con el nuevo himno de Aragón.

A primeros de septiembre de aquel año de 1934, el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, visitaba, a título familiar y turístico, Jaca, Panticosa, Sabiñánigo y San Juan de la Peña, donde descansará en la casa de Forestales antes de regresar a Zaragoza.

Un ilustre visitante e infatigable excursionista que utilizará esta nueva carretera fue el rector de la Universidad de Salamanca Miguel de Unamuno. Había intervenido en el verano de 1932 en los Cursos de Lengua y Cultura para Extranjeros de la Universidad de Zaragoza en Jaca y, desde allí, viajó en compañía de Ricardo del Arco y del profesor Vallejo hasta el monasterio³¹.

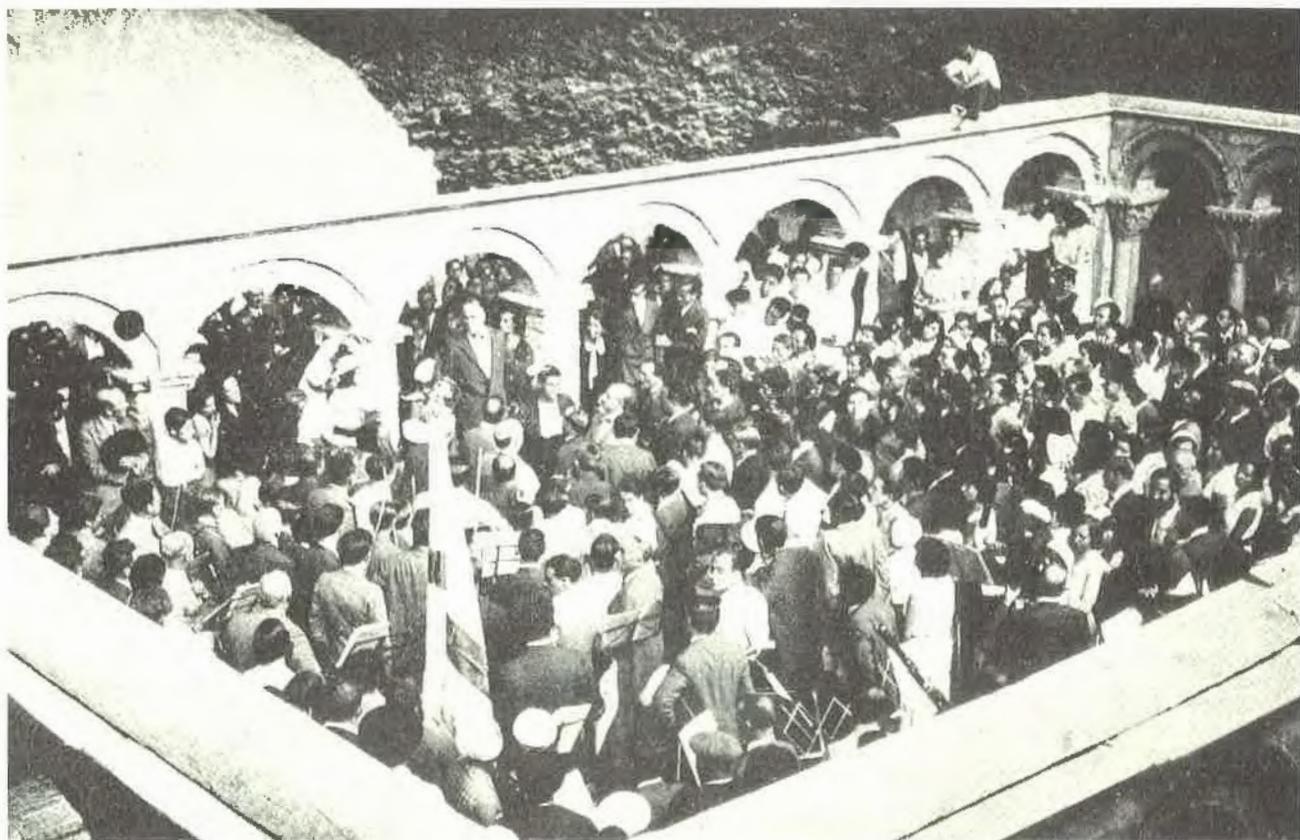
También dejó memoria de la que poéticamente denominará "privada romería" al monasterio en un artículo para el periódico madrileño *El Sol*³².

Pero el viaje de Unamuno a Jaca aquel año había estado motivado en buena parte

30. Revista ARAGON, agosto de 1931. Extenso reportaje, ilustrado con numerosas y buenas fotografías de los actos celebrados en San Juan de la Peña. Reproduce las crónicas publicadas en la prensa regional.

31. R. DEL ARCO: *Recitaciones de Unamuno*, en H.A. 14-IX-1932. Comenta la visita al monasterio de San Juan de la Peña, y, también, su estancia en la Residencia universitaria de Jaca y otras visitas a los valles pirenaicos. Termina recordando Ricardo del Arco que le obsequió con una pajarita de papel firmada "*Miguel de Unamuno fecit*".

32. Miguel de UNAMUNO, *En San Juan de la Peña*. "El Sol", 4-IX-1932. Reunido en UNAMUNO, *Obras completas*, tomo I, Afrodísio Aguado, Madrid, 1958, págs. 1.079-1.082.



88. El catedrático de la Universidad de Zaragoza, Domingo Miral, se dirige a los asistentes a la inauguración de la carretera a San Juan de la Peña en julio de 1931 (Foto Revista Aragón)

por la visita a esta ciudad “envuelta en reciente leyenda republicana”, por la sublevación que hacía poco más de año y medio había protagonizado el capitán Fermín Galán, cuyo recuerdo utiliza de colofón a este artículo sobre San Juan de la Peña.

Le impresionaron el claustro y sus capiteles románicos, como el de Adán y Eva, expulsados del Paraíso, sin duda por la simplificada expresividad de sus rostros. Pasó de lado por los panteones reales y de nobles para detenerse ante la lápida rota de la humilde sepultura del célebre Conde de Aranda, del que hace un sentido panegírico como enciclopedista liberal.

Sintió el famoso rector de Salamanca todo el peso de la historia del monasterio “en aquel refugio, casi caverna, bajo la pesadumbre casi visual de la peña colgada, se le venía a uno encima una argamasa de relatos históricos, de leyenda”.

En definitiva, más que el recuerdo de una visita en un día de excursión, Unamuno deja manar en el artículo sus emociones y sentimientos ante la historia y la leyenda que, como sagazmente afirma desde los primeros párrafos, esta última comienza con “el documento fehaciente: que hace fe, que hace creencia y se agranda con la crónica”.

Miles, miles han sido –más de cien mil cada año en estas dos últimas décadas– los turistas y viajeros que han visitado San Juan de la Peña. La puesta en uso de una nueva y espectacular carretera en 1981, que sube desde el pueblo de Santa Cruz de la Serós, que mejoraba el camino forestal, abierto por el Instituto de Conservación de la Naturaleza diez años antes por la ladera boscosa, ha contribuido a una constante afluencia de público, que ha convertido al monasterio en el segundo monumento más visitado de Aragón, después del singular parque natural del monasterio de Piedra.



89. Celebración del Día de Aragón en Julio de 1933 (foto Revista Aragón)

Pero todavía quedan aún a finales de este siglo viajeros solitarios irreductibles, como el escritor holandés –¿errante también?– Cees Nooteboom, quien hacía, como cuenta, tras su accidentado vuelo desde California a España una nueva visita al monasterio de San Juan de la Peña, llegando en solitario con su coche una heladora mañana de invierno de comienzos de nuestros años noventa.

Antes de regresar y de quedar inmovilizado su vehículo por el hielo, había contemplado de nuevo desde fuera el solitario monasterio *que cuelga como un nido de golondrinas en una pared rocosa interminablemente alta*, y, a renglón seguido, se hacía la siguiente reflexión o reajuste de sensaciones al final de este segundo viaje:

“ (...) y luego el repentino silencio de ese nido de las montañas, los ojos ciegos y redondos de las figuras de los capiteles del claustro, los sepulcros de los reyes aragoneses, la pared rocosa que parecía alcanzar el cielo, todo eso daba al momento una ridícula sensación de irrealidad, como si me hubiera hecho transparente (...)”³³.

Una sensación que también ahora muchos compartimos cuando visitamos en calma y relativa soledad el monasterio de San Juan de la Peña, pues la medida del tiempo y el sentido tan acelerado del viaje en nuestra época nos llevan a otro tiempo detenido y a un sentimiento de irrealidad.

33. Cees NOOTEBOOM, *El desvío a Santiago*. Ediciones Siruela, 5a. edición, Madrid, 1998, págs. 311-312.